

Friday Black

—¡A vuestras secciones! —grita Angela.

Se oyen aullidos de humanos hambrientos. La verja chirría y retumba mientras los clientes la zarandean y tiran de ella, metiendo entre las rejillas unos dedos mugrientos que parecen gusanos. Estoy sentado sobre el tejado de plástico duro de una casita en miniatura. Las piernas me cuelgan a la altura de las ventanas; dentro, los forros polares cuelgan de las perchas. Agarro mi pértiga, una vara metálica de dos metros y medio con un pequeño enganche de plástico en la punta que usamos para bajar las prendas de los estantes más altos. También uso la pértiga para golpear a los Viernes-adictos. Es mi cuarto Viernes Negro. En el primero, un hombre de Connecticut me mordió en el tríceps. Sus babas estaban calientes. Abandoné mi sección durante diez minutos para que me pusieran unos puntos. Ahora tengo una sonrisa dentada en el brazo izquierdo. Una hoz, un semi-círculo, mi cicatriz del Viernes Negro. Oigo los pasos de Richard acercándose suavemente hacia mí.

—¿Estás listo, hombretón? —me pregunta. Abro un ojo y lo miro. Siempre lo estoy, así que no digo nada y

vuelvo a cerrar los ojos—. Lo pillo, lo pillo. ¡Medita, pequeño saltamontes! Así me gusta —dice Richard. Asiento despacio. Está nervioso. Es el director de distrito y estamos en las Galerías Prominentes. Somos la tienda más grande de su distrito. Se supone que en los próximos treinta días vamos a ganar un millón. La mayor parte gracias a mí.

La verja principal chirría y cruje.

—He visto la SuperShell en la trastienda. ¿Qué talla lleva, mediana o grande?

—Grande —le digo, abriendo los ojos.

Es una competición: quien consiga más ventas puede llevarse el abrigo que quiera de la tienda. Cuando Richard me preguntó qué iba a hacer si ganaba, le dije que *cuando* ganara le regalaría a mi madre una de las parkas SuperShell. Richard frunció el ceño, pero admitió que el gesto me honraba. Le dije que sí, que así era. Las SuperShells son los abrigos más caros de esta temporada: exterior acolchado con relleno de plumón y acabado impermeable, orificios de ventilación con cremallera para que la prenda respire, bajos elásticos y piel de imitación en la capucha para darle un toque elegante. Sé que Richard habría preferido que eligiera cualquier otro artículo. Y en gran parte, por eso elegí este. Dejé la parka apartada en la trastienda. Es la única talla grande que tenemos por culpa de un fallo de distribución. Nadie la va a tocar porque soy yo.

La mayoría de Viernes-adictos vienen buscando productos PoleFace™. ¿Y qué nombre figura junto a la sección PoleFace™ en el desglose diario de tareas de esta semana? No el de Lance ni el de Michael, eso está claro. Tampoco el del chaval nuevo, Duo. Echo un vistazo a la

sección de prendas vaqueras, donde Duo se dedica a pasearse de un lado al otro, asegurándose de que sus montones están perfectamente doblados. Es un buen chaval. A veces te pide que le ayudes con sus encargos. Lleva camiseta y vaqueros pitillo, como la mayoría de nuestros clientes de su edad. Angela siempre le dice que me mire y que aprenda de mí. Dice que es mi heredero natural. Duo me cae bien, pero no es como yo. Puede aparentar sinceridad, adivinar qué quiere la gente, pero no puede hacer lo que hago yo. No un Viernes Negro. Pero sobrevivirá a la sección de prendas vaqueras.

Michael y Lance se ocupan de la sección de calzado y de la sección de camisetas estampadas. Michael y Lance podrían ser cualquiera. Lance está pasando la escoba.

Se oye un chirrido seguido de un retumbar metálico. Angela está en la entrada. Ha pulsado el botón y ha girado la llave. La verja principal se devora a sí misma y sube hasta ocultarse en el techo.

—¡Fuera de aquí! —le grito a Richard. Y echa a correr hacia la caja, donde será el refuerzo del refuerzo.

Unas ochenta personas entran corriendo, dando manotazos y pisoteándose unas a otras, apartando por igual, a empujones, gente y percheros. ¿Alguna vez han visto ustedes a alguien escapar de un incendio o de un tiroteo? Pues esto es igual, pero con menos dosis de pánico y más ansia. Desde mi casita veo cómo una criatura, una niña de unos seis años, desaparece engullida por la ola de fervor consumista. Queda despatarrada boca abajo en el suelo, con el abrigo rosa manchado de pisotones. Lance se acerca al cuerpecillo de color rosa empujando una carretilla para palés y con una escoba en la mano. Coloca el cepillo de la escoba junto al costado de la niña con

la intención de barrerla hasta la carretilla y luego llevarla hasta la sección que hemos delimitado para los cuerpos. Nada más tocarla, una mujer con bufanda gris aparta a Lance de un empujón y tira de la niña para obligarla a ponerse de pie. Me imagino a la madre explicando que su hijita todavía no está muerta. Tira de la niña. La niña renquea e intenta seguirle el paso, y entonces me veo obligado a olvidarme de ellas.

—¡Azul! ¡Hijo! ¡SleekPack! —grita un hombre de mirada extraviada y chaleco acolchado mientras me agarra el tobillo izquierdo. Le sale espuma blanca de la boca. Con el pie derecho le pisoteo la mano y noto cómo mis botas le aplastan los dedos. El hombre aúlla: «¡Sleek-Pack! ¡Hijo!» mientras se lame la mano herida. Lo miro a los ojos, tiene los párpados enrojecidos y los extremos aún más irritados. Lo entiendo perfectamente. Lo que está diciendo es lo siguiente: «Mi hijo. Me quiere más en Navidad. Lo tengo durante las vacaciones. Él y yo. Solo quiere una cosa. Una sola. Su madre se niega. Me ha tocado a mí. ¡Necesito sentirme padre!».

Desde aquella primera vez, desde el día del mordisco, puedo hablar el idioma del Viernes Negro. O por lo menos lo entiendo. No lo domino del todo, pero sí lo bastante. Llevo dentro algo suyo. Oigo para quién, qué talla, qué modelo, las marcas y las razones. Incluso cuando lo único que hacen es echar espuma por la boca. Uso la pértiga para bajar de un estante situado en la parte superior de la pared un SleekPack azul talla M de la marca PoleFace™.

—Gracias —gruñe cuando le tiro la chaqueta a la cara. Me bajo de un salto de la casita y blandó la pértiga de lado a lado para que ningún comprador se me acerque

demasiado. La larga pértiga corta el aire con un silbido. La mayoría de los clientes son incapaces de articular palabra; el Viernes Negro ya les ha invadido casi toda la mente. Aun así, todos se parecen mucho entre sí. Cojo dos forros polares de la talla M sin que nadie me los pida porque sé que alguien querrá uno. Los compradores aúllan y gritan: hija, hijo, novia, marido, amigo, YO, hija, hijo. Lanzo uno hacia las cajas registradoras y el otro contra la pared del fondo. La horda se divide. Cerca de la caja, una mujer de treinta y tantos años se quita el zapato de tacón y se lo estampa a un niño en el mentón antes de que este pueda agarrar el forro polar. A continuación examina la etiqueta, ve que es una talla M y se la tira encima al niño, que ahora tiene un agujero del tamaño del tacón en la mejilla. Tiro dos forros polares talla M y dos de la talla L en mitad de la marabunta. Luego trato con los clientes que todavía pueden hablar y que no dejan de dar codazos y empujones a mi alrededor.

—¡ACOLCHADO N-N-NEGRO. PEQUEÑO, YO! ¡NEGRO!
—exclama un hombre golpeándose el pecho. «En mi trabajo soy el único que no tiene un Coalmeister! ¿Cómo voy a ser asesor sénior si no tengo uno? ¡Soy el único!»

Le empujo el cuello con la punta de la pértiga para mantener su boca hambrienta lejos de mí. Luego, sin quitarle la vista de encima, cojo uno de los chalecos acolchados Coalmeister del perchero que tengo detrás y se lo pongo en las manos. Abraza el chaleco y se va corriendo a la caja.

—¿Nosotras? ¡NOSOTRAS! —dice la mujer de la bufanda gris. De los laterales de la cabeza le cuelgan unos

pendientes dorados muy grandes. Junto a las espinillas tiene a la niña del abrigo rosa. La niña tiene la cara magullada pero no llora.

—No puedo. ¡El Stuy! —grita el marido de la mujer de la bufanda gris. «Para el ocio en familia necesitamos una pantalla de alta definición de cuarenta y dos pulgadas. ¡La oferta del BuyStuy solo dura hasta agotar existencias! El resto del año no me la puedo permitir.»

—¡Gilipollas! —le grita su mujer con furia. Luego vuelve a mirarme a mí—. PoleFace™. Rosa. —dice, señalando a su hija—. SleekPack negro —añade, señalándose la cara. «Un PoleFace™ talla niño, un SleekPack nuevo, un Coalmeister. El pack familiar.»

En un segundo la mujer tiene los abrigos que necesita y se larga de allí arrastrando a la niña.

No siempre es así. Esto es el Fin de Semana Negro. Otras veces, si muere alguien, por lo menos viene un equipo de limpieza con una lona. El año pasado el Viernes Negro se cobró ciento veintinueve vidas. «El Viernes Negro es un caso especial; seguimos siendo un referente en atención al cliente y cohesión interpersonal», nos explicó la dirección del centro comercial en un memorando repartido a todo el personal. Como si preocuparse por la gente fuera algo que se pudiera encender y apagar.

En las primeras cinco horas facturo más de siete mil dólares. Nadie ha vendido nunca tanto. Pronto tendré un abrigo de quinientos dólares para demostrarle a mi madre que la querré siempre. Me imagino la cara que va a poner cuando se lo regale y se me acelera el corazón.

A las cinco de la madrugada llega la calma. Los clientes de la primera oleada o bien se han ido a sus casas, o

se han quedado dormidos o están muertos y tirados en algún rincón del centro comercial.

Nuestra tienda tiene tres cuerpos en la sección de cuerpos. El primero llegó una hora después de abrir. Una mujer trepó por la pared de la sección de vaqueros en busca de un segundo par de su talla. Gritaba y zaran-deaba los estantes de madera con tanto ímpetu que estuvo a punto de tirárselos encima a Duo y a todo el personal de su sección. Duo la tuvo que arrancar de la pared con su pértiga. Al caer la mujer se rompió el cuello. Otra mujer le arrancó los SkinnyStretches de las manos muertas. Lance vino con la carretilla de los palés, la escoba y unas servilletas de papel.

Mi primer descanso es a las cinco y media de la madrugada. Para ir a fichar tengo que atravesar la sección de prendas vaqueras.

—Parece que por aquí se os ha puesto la cosa muy chungu —le digo a Duo. Hay pantalones tirados por todas partes. Ninguno doblado. Manchas de sangre por el suelo.

—Sí —me dice.

Se nos acerca dando tumbos un chaval con camiseta blanca. «Grrrrrr», dice. Está royendo algo. Hago el amago de tirarle un par de SlimStraights de su talla —que el chaval cree que le servirán para ser más popular en el colegio—, pero me detengo porque antes de que me dé tiempo a pestañear Duo ya le ha lanzado los pantalones adecuados. El cliente los coge y se aleja renqueando hacia la caja.

—¿Los entiendes? —le pregunto.

—Ahora sí —dice Duo. Y le da una patada a un diente que hay tirado en el suelo. Luego me enseña una

pequeña marca sanguinolenta que tiene entre el pulgar y el índice.

— Así es el Viernes Negro.

— Para mí es el primero.

— Bueno, ya ha pasado lo peor —le digo, sonriendo un poco y tratando de averiguar en qué punto está.

— No sé —dice.

— Sí —le digo, y continúo hacia la caja.

— Mi descanso es después del tuyo —dice Duo. Lo cual quiere decir «date prisa, que tengo hambre» en el idioma de los dependientes.

Tecleo mi nombre de usuario y contraseña en el ordenador y Richard me hace una reverencia como si me rindieran pleitesía. Angela me mira y asiente con la cabeza como una madre orgullosa. Mientras yo esté fuera, Angela ocupará mi puesto en la sección de PoleFace™. Es la hora de menos trabajo, o sea que podrá encargarse sin problemas.

Una vez fuera, veo que el exterior de las Galerías está destrozado y manchado de sangre, lo cual me indica que este Viernes Negro ha ido muy bien. Hay gente tirada sobre los bancos y pies asomando de debajo de las pape-leras. Los villancicos, insoslayables, suenan desde unos altavoces invisibles. Aquí la Navidad es Dios.

Tengo hambre. Este año mi familia no ha celebrado Acción de Gracias, lo cual es un alivio salvo por el hecho de que me he quedado sin comer relleno de pavo. Me ofrecí a ayudar con alguna de las compras. Mi madre se ha quedado sin trabajo. Gano ocho dólares y medio a la hora, pero tengo ahorros. Mis padres, mi hermana, yo. Pero al final nos saltamos la celebración porque ya no nos caemos bien. Es uno de los efectos secundarios de

llevar una vida austera. Antes nos juntábamos y jugábamos a juegos de mesa. Ahora mis padres se pasan el día gritando y quejándose del dinero, y cuando no gritan, nos quedamos todos callados. Mientras camino me pregunto si habrá relleno de pavo en algún sitio del centro comercial.

En mi segundo Viernes Negro nos estaba yendo bastante bien en la tienda, así que nos ofrecieron comisiones. Te llevabas algo así como un dos y medio por ciento de todas tus ventas. Para el personal de tienda aquello era muy importante. En esa época la jefa de ventas era Wendy, y eso significaba que ella tenía los objetivos de venta más altos. Aquel año trajo una tarta para todos los empleados. Me aseguré de no probarla, porque nunca como nada que la gente me quiera forzar a comer, y ella no paraba de hablar de la tarta. «¡Podemos celebrar Acción de Gracias en la tienda! Es tarta casera.» Todo el mundo comentó lo maja y lo considerada que era. Luego Wendy y yo fuimos los únicos que no tuvimos diarrea aquel día.

A saber qué le echó a la tarta. Me puse como objetivo vencerla. Y la vencí. La destrocé. Quizás lo logré porque, gracias a su ataque con armas biológicas, a mí me tocó ocuparme de la sección de calzado, de las camisetas estampadas, los gorros y las prendas vaqueras, mientras que ella solo se quedó con PoleFace™. O quizás porque aquel invierno no hizo mucho frío. O quizás porque soy el vendedor más de puta madre que esta tienda ha tenido y tendrá jamás. Pero la cuestión es que la destrocé. Desde entonces soy líder de ventas. Wendy se marchó antes de Año Nuevo. El dinero extra de la comisión lo invertí en unos mandos para mi GameBox.

Voy hasta la zona de restaurantes, donde el olor a comida camufla el hedor a muerte igual que un bozal tapa la boca de un perro rabioso. Hay supervivientes, vencedores de la primera ola, arrastrando bolsas llenas a reventar, empleando sus últimas energías en cargar su felicidad recién comprada hasta sus casas. Y hay muertos, cadáveres por todas partes. Me compro dos hamburguesas de un dólar, una ración pequeña de patatas fritas y una bebida en el BurgerLand. El tipo de la caja ha visto tanto y ha tomado tanta cafeína que le tengo que recordar que coja mi dinero. Mientras lo hace, sigue mirando al frente, a través de mí, a la nada. Me siento a una de las mesas blancas de la zona de comedor que no tiene ningún cadáver encima.

Le doy un bocado a mi hamburguesa y mastico despacio. Si retengo la carne en la boca durante el tiempo suficiente, se reblandece hasta convertirse en algo casi parecido al relleno de pavo. Mientras como, una mujer arrastra un televisor dentro de su caja hasta la mesa de enfrente. Empuja a una mujer que está tumbada boca abajo sobre un charco de sangre y se sienta. La reconozco. Parece que le han destrozado a dentelladas una de las orejas, pero de la otra todavía cuelga un pendiente dorado de gran tamaño. La bufanda gris ha desaparecido. Pero lleva puesto su abrigo nuevo. Cuando la miro, me suelta un bufido y me enseña los dientes blancos y afilados.

—Tranquila —le digo—. La he ayudado antes. — Se me queda mirando, confundida—. Hum. SleekPack, negro —le digo en el idioma del Viernes Negro, señalándome primero a mí y después a ella. Se le disipan las arrugas de la cara. Se relaja en su asiento y se frota la mejilla con la piel falsa de la capucha.

— ¿Buena caza? —le pregunto. Asiente enérgica y aprieta la cara contra la caja de la televisión—. ¿Familia todavía comprando?

La mujer moja el dedo índice en el charco de sangre que tiene delante.

—Cuarenta y dos pulgadas, alta definición —dice.

Solo podían permitírsela hoy.

Con el dedo manchado de sangre traza un pequeño círculo en la caja de cartón, luego pinta dos ojitos y por fin dibuja una sonrisa debajo. La sangre se seca antes de que termine de dibujarla.

— ¿Cómo? —le pregunto.

—Muertos —dice—. BuyStuy. Pisoteados.

—Ah —le digo—. Ya.

—Eran débiles. Él y ella. Yo soy fuerte —dice la mujer mientras acaricia la cara que ha dibujado en la caja. Sus dedos apenas se manchan—. Débiles —repite.

—Entiendo.

Me termino la hamburguesa y le tiro la otra a la mujer. Ella la atrapa al vuelo, le arranca el papel y se la come con regocijo. El teléfono me vibra en el bolsillo y lo cojo. Todavía me quedan quince minutos, pero es de la tienda.

— ¡Te necesitamos! —grita Richard.

—Acabo de salir —digo, levantándome y echando a andar.

—Duo se ha marchado.

—Oh.

—Ha dicho que necesitaba hacer su descanso, le he dicho que esperara unos minutos, pero se ha marchado. Se ha ido.

—Voy —le digo.

Me dirijo hacia las escaleras mecánicas. Me planto en

la cinta y me deslizo hacia abajo. Por la escalera contraria sube Duo.

—¿Hambre? —le pregunto.

—No soy capaz, colega. Es una mierda muy triste —dice Duo.

Suelto un gruñido porque no tengo las palabras necesarias para decirle que es triste pero es lo único que tengo.

—Es un abrigo bonito —me dice—. Pero nada más.

—¿Cómo?

—No es impermeable. Y ella lo sabe. No te hace falta, colega. —Se da media vuelta y continua su ascenso.

—No lo hagas —le digo—. No me hagas esto.

—Lo siento.

—Ya —digo, y Duo desaparece de mi vista.

En mi tercer Viernes Negro, a la empresa no le iba muy bien. No había ni comisión ni premio. Aun así vendí más que nadie.

Nada más entrar en la tienda veo un cadáver nuevo en el montón de cuerpos y a una joven intentando matar a Angela en la sección de PoleFace™. Le araña y le chilla, y desde la misma puerta ya sé lo que quiere. Angela está arrinconada contra el mostrador de las SuperShells. Parece que la chica va a arrancarle la nariz de un mordisco. Lance está ocupado arrastrando el cuerpo de un adolescente hacia el montón de cuerpos y Michael está atendiendo a un cliente en la sección de calzado. Richard me mira y señala a Angela y a la chica. Sé lo que quiere la chica.

—¡Socorro! —grita Angela, girándose para mirarme. Tiene una pértiga colocada entre la clienta y ella, pero no podrá aguantar mucho más. Me doy la vuelta y voy

a la trastienda. Ahí colgada está la única parka Super-Shell talla L. La contemplo y luego la bajo del perchero. En cuanto salgo la chica la huele. Mira en mi dirección y aúlla como un lobo.

Con esto ya no estaré sola, dice. Le caeré bien a todo el mundo.

Corre hacia mí. Agito la parka como si fuera un toreo. La chica se abalanza sobre ella y, en el último momento, suelto el abrigo y me aparto de un salto mientras ella se estrella contra la prenda. Luego, con la parka en las manos, me da las gracias en tono ronco. La veo llegar a la caja registradora.

—Que tengas un buen día —dice Richard mientras registra la venta.

La chica gruñe y contesta:

—Tú también.

Vuelvo a fichar en el ordenador. Angela me pone la mano en el hombro.

—Gracias —me dice.

—Ajá —asiento, y me vuelvo a mi sección.

Una manada de compradores se agolpa delante de la tienda. Ven la sección de PoleFace™ que hemos dejado vacía. Me subo a mi casita. Se lanzan en estampida. Algunos cuerpos caen y se vuelven a levantar. Otros caen y se quedan donde están. Chillan y sueltan bufidos y arañan y gimotean. Agarro mi pértiga y veo cómo esos humanos ensangrentados con las carteras llenas de billetes y el Viernes Negro en la mente corren hacia mí.

Sonrío a la horda.

—¿En qué les puedo ayudar?

Ellos empujan y señalan en todas direcciones.